

Molinos harineros: Fuentes de economía

Pocos serán los molinos que quedan en pie y que aún contengan intacta su maquinaria y utillaje diversos de la molienda, aunque los mismos sean del más rudimentario arcaísmo y simplicidad y precisamente por eso. Pocos se podrán contar intactos y dispuestos a entrar en servicio, de entre el gran número que existían desparramados a lo largo y ancho de nuestra dilatada geografía provincial y regional.

No solamente el modernismo, las nuevas tecnologías de los tiempos, se llevaron consigo recuerdos e ilusiones, costumbres, intimidades, que tantas nostalgias han creado; también esta enorme y variopinta muestra del desarrollo pasado. La desidia, la pereza, la incultura, el desapego a las cosas propias; hasta la mofa y el escarnio de que han hecho gala tantos propietarios, fomentando la rémora hacia la cultura y el cariño de lo propio. Y sobre todo, unos administradores y responsables directos de la custodia de ese legado cultural que tanto ama el pueblo. Torpes y miopes, que han arruinado todo vestigio subyacente de generaciones pasadas, donde poder contemplar para gozo de los ojos y el espíritu toda esa obra ingente, muestra del enorme tesón y cariño puesto para crear un poco de riqueza allá donde era necesaria. Sí, porque también esos viejos molinos harineros constituían entonces riqueza y desarrollo.

Cuesta creer hoy en día, cuando se contemplan esos vetustos molinos harineros, que de por sí solos pudieran constituir el eslabón principal y signo indiscutible de distribución y regulación de una parte importantísima de la riqueza de un pueblo. Porque no solamente el molinero, a menudo con numerosa prole a sus espaldas, vivía o se ayudaba a vivir de lo que daba su viejo molino, su radida maquila, sino que, cuando soltaba el agua que movería la muela para convertir los granos en cálida harina, una verdadera legión de vecinos, río abajo, remansando el agua montaraz en los no menos rústicos azudes, se afanaba en regar sus diminutos huertecillos, que habrían de hacer gozosa realidad los frutos que tanto necesitaban para llevar su penosa existencia.

Es un molino humildísimo, como todo lo de por allí. Poco fantasioso, nada arrogante de su vital función de otrora tiempos pasados, nada de arte en sus muros. Paredes todo cariño con los productos de allí mismo, del propio entorno. Rústica mampostería que hábiles manos del abuelo levantaron a ratos perdidos. Forma y norma de arquitectura valiosa y bella dentro de su gran rusticidad, arquetipo

de una cultura ya fenecida. Se mantiene enhiesto como siempre lo estuvo, allá en la hondonada de un paraje por lo más bello y agreste a más no poder, envuelto en chopos.

A un kilómetro escaso del pueblo, aguas arriba. Allá abajo, que apenas se le ve. Tapado por los chopos, que parece crecen más rápidamente cuando se les corta, como queriendo envolverlo cariñosamente para que no pueda ser fácilmente visto y ultrajado por la barbarie humana, que de vez en cuando transita por esa carretera que lo tiene cercado.

Molino harinero de mi pueblo. Joya humildísima, pero joya. Esencia pura. Testimonio aún viviente de una cultura vieja que allí existió, que interesa conservar.

Contaba este molino con enorme balsa en el mismo límite del Rodeno en una bellísima garganta. Una gran presa en el fondo del riachuelo retenía las aguas pocas que nacen en el encantador valle de Dornaque, recrecida a manera que la misma iba anegándose de arrastres orgánicos, maderos, gravas, semifosilizados hoy en sus resechos fondos.

Y a unos doscientos metros de la presa, aguas abajo, por una acequia entre pinos y huertos del mismo molinero, recibía el agua en su bonito cubo hasta rebosar. Mientras, el molinero aguardaba la señal al pie mismo de la muela para tirar fuerte de la horquilla que abriría la diminuta compuerta para que el agua saliera y pusiera en marcha esa gran muela de piedra de rodeno, también de allí mismo, entre algún que otro chisporroteo y el clásico olor a chamuscado. El molino se ponía así a faenar.

El agua, cumplida su primera misión, salía veloz río abajo, al encuentro del primer azud del Puente del Molino, de allí cerca, que rebasaba impetuosa, mientras se anegaban los primeros huertos. Y enseguida el azud siguiente, que regaba los huertos de Las Suertes y en un santiamén se presentaba a los yuxtapuestos azudes de Las Suertes y al del Puente Viejo, que entre ambos regaban casi la mitad de los huertos del pueblo. Ya más mansa y domada, llegaba el agua al azud de la Plaza, junto a las mismas casas, para regar los huertos de Las Trancas y las últimas cerradas del lado izquierdo. Y a continuación, ya muy menguada, el agua llegaba al azud de Las Cerradas, para regar los huertos del Almagrero. Y luego el azud del Almagrero, que regaba los grandes cerrados del lado izquierdo, propiedad de la familia del molinero. Y por último aún llegaba agua al azud de Peña Caída, para regar los últimos huertos del lado izquierdo del cauce del regajo.

Todo un encantador sistema hidráulico, rudimentario y simple, conocidísimo en el medio rural, que en mi pueblo funcionaba gracias sobre todo al viejo molino; que gracias al viejo molino ayudaba a mantener allí la vida.

Para tener una idea aproximada de la importancia y contribución que el molino aportaba a la economía general del pueblo, basta conocer que cuando la balsa estaba llena, se podía moler durante toda una mañana una buena cantidad de talegas de cebada o centeno, casi de todos los vecinos y que la balsada que producía la molienda era suficiente para regar la media docena de hectáreas de huertos a lo largo del cauce del río y la sobrante aún solía rebasar con mucha frecuencia los confines de Peña Roya, camino ya del cercano encuentro con el río serrano por excelencia, en lugar donde todavía conserva el sugerente y virginal nombre de pila de Guadalaviar, mucho antes de prostituirse y bastardearse tomando el nombre de Turia.

El viejo molino fue algo muy nuestro. Entroncado sólidamente como estaba en la vida económica y cultural del pueblo. Cuando molía mucho, porque había agua y grano abundante, signo de riqueza en el sistema rural productivo; porque regaba los huertos hasta la saciedad y las pequeñas cosechas, todo algo en miniatura, que nos daban la sensación de ser algo menos pobres. Cuando molía poco, porque el agua o el grano eran escasos, que el molinero, dueño del molino y casi dueño y señor del agua que recogía su balsa, se resistía a soltarla y los huertos se agostaban; porque nos daba la sensación de ser un poco más pobres.

Pero la balsada siempre era recibida con entusiasmo y alegría, y gustaba sobre todo ver cómo las mujeres llenaban los huertos con su presencia y sus voces, con su satisfacción, o con sus rabias, recriminaciones y gritos, cuando se robaban el agua de una a otra por prioridad de paso, que no por derecho.

Se extasía uno recordando estas cosas del pueblo querido. Se sabe con certeza que serán leídas por muchos paisanos con cariño, sobre todo por los que fueron testigos protagonistas; por lo que significó para todos esa época de ayer, que casi hoy tocamos.

Hay una anécdota pintoresca y curiosa, que me contó mi primo Abel, actualmente propietario del molino de Bezas, que yo desconocía y que le prometí sería contada.

Después de decirme que el viejo molino está todavía intacto, como cuando molía y que tan solo le hace falta agua para echar a

andar y volver a la faena, un sueño que será muy difícil de realizar, me dijo.

En los tiempos de nuestro bisabuelo, el molinero vivía en Bezas, pero también llevaba el molino de Valdecuencia, hoy totalmente desaparecido, que era de unos escasos recursos hídricos y que no contaba con la infraestructura, aunque rudimentaria, con que contaba el de Bezas.

Al no existir la actual carretera, entre ambos pueblos, distantes unos diez kilómetros, solo había viejos caminos o veredas de trashumancia, que ponían en comunicación la Sierra alta con las estribaciones de los Montes Universales.

Tenía el molinero, dice Abel, una pequeña perra sin casta alguna, pero muy dócil y amaestrada de tal forma, que se servía de ella para enviar los mensajes de pueblo a pueblo. Esta perra vivía habitualmente en Bezas, pero conocía a la perfección los caminos y atajos para ir a Valdecuencia y viceversa, que le permitían hacer el trayecto en el menor tiempo posible, evitando a la vez encuentros desagradables y así siempre llegaban los mensajes a su destino, prendidos de su cuello en una bolsita de cuero.

Así pues, cuando el molinero presentía que la balsa del molino de Valdecuencia estaba llena, enviaba a su perra mensajera, que retornaría a Bezas ese mismo día o tan pronto como la necesidad lo demandase, para que el molinero se pusiese en camino. Una eficazísima manera de aprovechar el tiempo, siempre tan necesario para la multitud de trabajos que se amontonaban y cuando solamente se contaba con las propias piernas para salvar los trayectos y no perder el tiempo en viajes infructuosos.

Viejo molino de Bezas. Antigua reliquia agazapada y durmiente en unos entornos bellos en pleno Rodeno, solar de generaciones ya extinguidas, y ya hasta casi fenecidas las más recientes en el tiempo. Con mención especial para la hermosa y querida balsa, hoy casi completamente cegada, donde el agua, abundante entonces, lo mismo servía para moler, y a la vez alegraba el paisaje con su imponente cascada, que para que nos diésemos en ella largos chapuzones, mientras nos sentíamos gratamente observados en nuestra tierna y vigorosa desnudez de adolescentes.

Publicado en el Diario de Teruel, los días 9 y 11 de enero de 1.994

NOTA: Habría que tomar urgentes medidas con este molino y su infraestructura hidráulica, antes de que el tiempo lo destruya todo; es mucho lo que se puede perder, mucho lo que costaría después reconstruirlo, y ya no sería lo mismo.